

## MADRUGADAS CON RITA

*Julio C. Carbajal*

Emergía de entre el lino ondulante de las cortinas, ingrávida, como en ritmo de cámara lenta y se acercaba a mí, casi se guarecía a mi lado. El cuarto se llenaba de su presencia, de su levedad y se borraban entonces todos los datos posibles de realidad, estrépito de bocinas, motores, voces, y la habitación se convertía en el inexpugnable, único reducto del entero universo.

Hasta que después se deslizaba hasta la ventana, por la que desaparecía confundiendo con el aire neblinoso de la madrugada.

Me quedaba la certeza de haber compartido sublimidades, inagotable ternura en un encuentro sin palabras porque creíamos, creía yo, todo estaba dicho. Era la ceremonia de dos fieles ensimismados en el ritual del milagro, la celebración del descubrimiento mutuo renovado cada vez. Pero ¿cuántas fueron? Seguramente un tiempo no mensurable en términos convencionales sino en sensaciones de un absoluto deslumbramiento.

Rita significaba el prodigio de materialización de un sueño y la revelación del enigma realidad-irrealidad.

Demoraba con fruición ese espacio de angustia y esperanza. Solo yo podía conocer la eternidad de la espera cada madrugada. Apelaba a pequeñas flagelaciones para mantenerme despierto, atento a cualquier señal de su presencia.

¿Y si fuera nada más que delirio, fantasía o fervor de un contumaz consumidor de funciones trasnoches, incorporando a su vulgar dieta de vida la personalidad de una estrella de cine?

Algunas veces, mientras aguardaba su aparición, venían a mi memoria escenas de sus filmes, sucesión de historias de calidades dispares pero todas rescatables por la sola proyección de su imagen. Reconocía que la única referencia cierta que tenía a Rita eran sus personajes. “Solo los ángeles tienen alas” -rememoraba-, días de la segunda guerra mundial en que las fotos de tapas de revistas con su rostro eran la reserva sentimental de los soldados en trincheras y barracas, “La dama de Shanghai” y la decepción de que su cabellera se hubiese convertido en un breve corte platinado, (oh su melena de tornasoles y crepúsculos, de incendios y cenizas rojas), la vería mil veces majá y castiza en “Sangre y arena”, o en “Gilda” susurrando “Échale la culpa a Mame”. Recuerdo al anodino Glenn Ford y su bofetada a Rita, de la que

tendría que haber rendido cuentas porque, simplemente, no se abofetea a los dioses.

Aquella madrugada tuve la certidumbre de que esa historia había llegado a su fin. Rita no vendría más, si es que llegó alguna vez. Solo me quedaba la seguridad de esa duda.

La mañana entraba en listones de luz por la ventana.

En ese momento lo descubrí. En el exacto ángulo del piso y la pared, como un ínfimo ojo irradiando su brillo mágico, uno de los pendientes de Rita.

A partir de entonces comencé un sistemático seguimiento de las carteleras. Como obstinado sabueso rastreaba los títulos de sus películas, descubría de pronto que en una sala de extramuros ponían “Sangre y arena” un miércoles en que la lluvia arreciaba, y yo afronté distancia y chubasco para verla otra vez en el punto más alto de su esplendor, o en otro cine también de aledaños, “Salomé” o “Mesas separadas”.

Esto fue por la década del 60. Después, como en una maligna conspiración, sus películas se pasaron escasamente hasta su absoluta abolición. Reclamé por nota a encargados de columnas especializadas de diarios, me aproximé a críticos que arguyeron que se trataba de un material decadente, casi obsoleto, que otras coordinadas estéticas y estilos de actuación eran los dominantes, que los gustos habían cambiado, etc. Solo en la inefable Cinemateca, con óptica historicista exhumaron “La mujer de Satanás”, que mostraba a Rita en un irrespetuoso ocaso. Se la veía obesa y vulgar, pero manteniendo algo de esa seducción que traspasaba la pantalla y prendía en los espectadores. Una Sadie Thompson madura y sensual pero creíble y siempre deseable. Ignoro, y de verdad nunca quise saber, si su personaje era una composición actoral en que la actriz concedía al talento el sacrificio de su frescura, o era Rita tal cual en la curva descendente de la elipse.

Aquel día en que la televisión invadía con *flashes* de estadísticas de mortalidad infantil, crisis económicas, desocupación, irrumpió su rostro a plena pantalla, el gesto ausente, mientras el locutor anunciaba que la otrora gloriosa estrella de cine había sucumbido a una cruel enfermedad, y la mostraba en ese registro absurdamente patético.

Después de esa noticia, me embriagué. Deambulé por bares de la periferia y bebí, unas tras otras, grapas que abrieron un surco amargo en mi garganta.

También creció mi memoria con el alcohol. Me regocijé morbosamente evocando cada una de las escenas cumbres de sus filmes.

Pregunté a un hombre que bebía acodado en la barra de un mostrador, si la recordaba, si sabía quién había sido Rita Hayworth. “Rita qué?” -respondió con expresión bovina luego de una larga pausa.

Se me vino el tiempo con su carga de sucesos imprevistos. Rita había desaparecido de pantallas y crónicas de revistas, y pasó a engrosar el opaco rol de estrellas del pasado junto a Pola Negri, Gloria Swanson, Jean Harlow, quizás Maureen O’Hara o Irene Dunne, que eran ya en la memoria colectiva nada más que un vago recuerdo.

Yo me sometí al duro trajín de sobrevivir a la diaria rutina, horarios de trabajo, largas caminatas o alguna función de cine. Y le concedí a ese tiempo, no podía ser de otra manera, la chance de endilgarme novia y casamiento y, más adelante, la intransferible experiencia de la paternidad. Fueron años en que la cuota emocional se redujo a mínimos aconteceres como la aparición del primer diente de mi hijo, sus incipientes pasos, o comprobar que la puja familiar establecida sobre a quién se parecía más me daba como victorioso.

Las madrugadas se vaciaron de su imagen. Pero en momentos de honda reflexión, en esa hora de obstinado silencio, reaparecía fugaz y fantástica dedicándome a mí, -sabía que solo a mí- el brillo incandescente de su sonrisa ingenua y casi maléfica.

Algunas noches me envía sus señales. Responden a un código que ella y yo entendemos, un lenguaje más allá de lo gestual e inmediato.

Sé que esta historia no fue ilusión ni onirismo, que el recuerdo de mis madrugadas con Rita, quedarán por siempre en el territorio de mi fiel memoria.